



HISTORIA VASCA, HISTORIA EN REVISIÓN

Fernando García de Cortázar, Manuel Montero

Que el pueblo vasco es un pueblo amante de sus tradiciones y respetuoso con su historia es uno de los tópicos más generalizados de la imagen que desde el exterior se tiene del País Vasco. Una imagen que en este caso coincide a buen seguro con la que de sí mismos tienen algunos vascos. La generalización del tópico no puede ser más sorprendente ni corresponder menos a la realidad, a juzgar por cómo han tratado tradicionalmente los vascos a su historia y por cómo, a pesar de la renovación historiográfica de los últimos años, siguen tratándola algunos sec-

tores de la sociedad vasca. Ha sido así la historia vasca una historia destrozada, retorcida por muchos de los que sobre ella han escrito, haciendo gala, ante todo, de una absoluta falta de respeto a la verdad histórica. En buena medida podemos afirmar que ciertos vascos, más que investigar y escribirla, han inventado su propia historia. Y no se interprete esto como una renuncia a lo que de original tiene la historia vasca, por absolutización del término «inventar», que no hay tal. Pero, claro está, difícilmente se podrá hablar de una «originalidad histórica» cuando ésta no se con-

trasta con la realidad histórica, solamente «se le supone». No es, pues, el respeto a su historia algo propio de los vascos, nos atreveríamos a afirmar. Todo parece indicar que, lejos de ser un pueblo volcado en su pasado, los vascos han vivido intensamente cada presente, para cambiar el cual ha llegado a «retocar» su pasado, a falsearlo, a renegar de él, por tanto, y todo para acomodarlo a su presente o, mejor, al futuro que proyecta.

Ahora bien, aunque no se percibe, en los vascos el inusitado respeto a la historia de

que habla el tópico, sí se constata que *existe una sobrevaloración de los hechos pasados como determinantes del presente y del futuro*. Actitud que llega a su máxima expresión cuando las referencias a la historia, incluso remota, sustituyen al análisis de la realidad actual al elaborar todo un proyecto político. Que en esta postura hay mucho de intencionalidad política —que busca crear un estado de conciencia— no desmiente que responde a una actitud intelectual que en el País Vasco tiene una larga práctica. En último término no es sino una visión tradicionalista lo que subyace en este planteamiento de la historia y de la política: tradicionalismo es, al fin y al cabo, proponer como modelo social y político una sociedad del pasado. No es por ello de extrañar que tal fuera la concepción de la historia vigente en el País Vasco del Antiguo Régimen, cuando el tradicionalismo era habitual en todas las interpretaciones históricas; ni llama la atención que la misma permaneciera entre los escritores tradicionalistas aún en el siglo XIX. Sí sorprende, sin embargo, que, aparentemente superadas estas concepciones políticas, permanezcan aún los mismos planteamientos tradicionalistas. Que la vuelta al pasado justifique además los más insólitos planteamientos revolucionarios, como sucede en ocasiones, convierte en incompreensión el estupor inicial. En cualquier caso, lleva a pensar en la fuerte penetración que en el País Vasco han tenido los conceptos tradicionalistas, justificables quizá por la hegemonía ideológica que en los dos últimos siglos ha mantenido la Iglesia.

Así, pues, desde que se comienza a escribir historia en el País Vasco adoleció del influ-

jo decidido de los problemas políticos, de tal manera que, en cierto modo, incluso la primera historiografía vasca representa una historia politizada. La historiografía no es una disciplina aislada, sino que sufre, como cualquier otra ciencia, los embates de su entorno. Por ello para evaluar correctamente nuestras interpretaciones históricas es necesario situarlas en las coordenadas socio-políticas que las hicieron nacer.

Desde que se comenzó a historiar el pasado del País existió en el País Vasco una conflictividad latente, generada en buena medida por la existencia y persistencia en el País Vasco de modelos políticos, económicos y sociales que en muchas facetas contrastaban con los de su entorno. Se generará así necesariamente una *historiografía conflictiva*: la historia iba a participar en el conflicto, colaborando en el planteamiento de los problemas y en la búsqueda de las soluciones. No se quedará por ello nunca la historiografía vasca en la mera recopilación y desapasionado análisis de los acontecimientos pasados, en una disciplina más o menos erudita volcada en el pasado que, encerrada en él, por él se justifica. En el País Vasco se ha escrito la historia para justificar, lamentar, ensalzar o denigrar el presente: pocas veces para comprenderlo. ¿Qué otro camino quedaría a la historia que el de asumir plenamente una función política cuando la referencia a los hechos pasados se convertía inevitablemente en un argumento político!

Es así la historia vasca un *arma política* que sirvió durante el Antiguo Régimen para atacar o defender las peculiaridades políticas, económicas o sociales vascas. Otra habría de ser la función política

de la historia cuando, en los comienzos de la Edad Contemporánea, desaparecía el régimen foral: se convertiría en *sustento de las más variadas ideologías*. En efecto, no sólo sirvió para legitimar una u otra opción política, sino que incluso diseñaría su contenido ideológico en la medida que se sitúa como ideal político la recuperación de instituciones y estructuras sociales supuestamente existentes en el pasado.

Historia, pues, concebida como un arma política: historia, por otra parte, utilizada como sustrato de una ideología: los peligros para la historia no pueden ser más evidente. En el País Vasco se escribirá siempre historia «ad demonstrandum», se escribe para demostrar... un criterio que, desde luego, no es el idóneo para esperar una mínima crítica y objetividad histórica. La selección de los datos, su utilización, su interpretación, está en todo caso dirigido por una clara y muchas veces expresa intencionalidad política.

Como consecuencia de lo anterior, no podía faltar otro grave problema en la historiografía vasca: es, en gran parte, una *historia escrita por aficionados*, por no profesionales, que, sin una formación científica adecuada, se lanzan al terreno de la historia en virtud de unas determinadas convicciones políticas. En este sentido los ejemplos se multiplican y llegan hasta la actualidad: abogados, médicos, ingenieros, periodistas, sacerdotes..., componen una gran parte de la nómina de autores que forman la historiografía vasca, a la que han llegado al desarrollar una vocación política. Por supuesto, este «intrusismo» intelectual no invalida de entrada su labor. Por el contrario, investigaciones muy valiosas se deben a su

pluma, e incluso magníficas labores de síntesis proceden de alguno de estos escritores. Pero sí es necesario afrontar sus obras con especial cautela, toda vez que frecuentemente presentan un grave defecto original: la *descontextualización*, cuando fenómenos y movimientos que se dan en el País Vasco no se sitúan en su contexto histórico: muchas veces parece conforme a estas obras que se producen fuera de cualquier contexto histórico o geográfico.

Y es que es éste el otro de los grandes problemas de la historiografía vasca: con frecuencia, se analiza al País Vasco como si fuese un oasis, como si su historia no se relacionase con la de su entorno, a no ser para enfrentarse a él, como si no se produjese en un momento determinado. De alguna manera es una historia que se mira exclusivamente a sí misma, que se encierra en sí misma. Claro está que no es posible valorar adecuadamente el pasado del País Vasco si no se le sitúa en sus coordenadas de tiempo y espacio. Ante todo, es necesario contrastar la situación del País Vasco existente en cada momento con la de su entorno. Sólo así podremos evaluar de una manera precisa la similitud o la diferencia —la originalidad, por así decirlo— del País Vasco. En este sentido los ejemplos se multiplican. Traigamos aquí lo que sucede con la mitificación de los Fueros vascos. Tradicionalmente se ha estudiado en exclusiva a los Fueros vascos, lo que ha llevado a sobrevalorar muchos de sus caracteres. Pero, evidentemente, estos caracteres sólo son plenamente comprensibles y valorables en un análisis que tenga en cuenta el contexto español y europeo en el que nacieron y existieron estas formas políticas.

Para el estudio de la historia del País Vasco es tanto más necesario situar los acontecimientos en su contexto, puesto que la documentación de que disponemos referente a un gran período de nuestra historia es fragmentaria y heterogénea. En ocasiones, es necesario analizar algún hecho a partir de muy pocos documentos. En estas condiciones es fácil deducir de ellos las más variadas conclusiones. Un único método permite la utilización de esos documentos por la historia: situarlos en su contexto. Bien es verdad que el procedimiento nunca llevará a conclusiones definitivas, ni será posible obtener nunca la total certeza de que nuestras conclusiones coincidan con la realidad histórica. Y no nos engañemos: tampoco nos llevará tal metodología a las sugestivas interpretaciones de que es capaz nuestra imaginación si no ha de sujetarse a unos parámetros dados... Claro está que al menos obtendremos una historia verosímil e incluso probable del pasado vasco: no una extravagante epopeya de un paraíso colgado en el vacío.

Ha sido durante los últimos veinte años cuando la incorporación a la investigación del pasado de un plantel relativamente numeroso de historiadores ha cambiado la situación de la historiografía vasca: podemos hablar así de una *historiografía moderna*, cuyo momento de arranque podría situarse en torno a 1965. Desde entonces comienzan a desarrollarse en el País Vasco las modernas corrientes metodológicas en la investigación de la historia. Quizá el factor que mejor caracteriza la nueva situación es que se emprende un *acercamiento sistemático* a la historia del País Vasco, llevado a cabo por historiadores profesionales, que

adecúan a la historia del País los conceptos historiográficos habituales en el quehacer de los historiadores europeos. El resultado supondría una total renovación de la historia vasca, tanto más profunda cuanto que no son sólo nuevas metodologías las que se adoptan: los temas y aspectos que reciben ahora el interés de los historiadores no acaban en la temática que monopolizara la atención de quienes hasta entonces habían escrito la historia, centrados en los grandes problemas políticos con algunos temas centrales, tales como la guerra de bandos, la política antiforal de la monarquía o las guerras carlistas... Como no podía ser menos, la nueva historia ha optado por una historia global, que comprende todos los aspectos de la vida, sin olvidar facetas hasta entonces sólo marginalmente estudiadas, tales como la evolución económica o la situación social en un momento determinado. Claro está que la renovación metodológica ha permitido al mismo tiempo enfocar desde otras perspectivas los mismos grandes temas de la historiografía tradicional, que serán ahora reinterpretados y sobre todo incluidos, con una visión global, dentro de una amplia panorámica, que, por supuesto, no excluye las interrelaciones de lo político o religioso con lo social o lo económico.

Otro factor señala la nueva situación de la historiografía vasca: a finales de los años sesenta comenzaba a explicarse la historia del País Vasco en las Universidades, se emprendería asimismo la elaboración de tesis doctorales en la especialidad. Así, si bien el empuje de la nueva historiografía no ha eliminado por sí la presencia, en algunos sectores, de un enfoque mítico de la historia vasca, lo cierto es que está

limitado su influjo. De hecho sólo una utilización política, consciente o inconsciente, justifica hoy que siga difundiendo la «historia mítica». En cualquier caso la historia ha dejado de ser una disciplina en la que el profesional era la excepción, dominada como estaba por quienes hacían de ella su campo de batalla. Que su presencia entre los historiadores respondía con frecuencia a la equivocada concepción de la historia como un saber «fácil», en el que sentar «dogmas» estaba al alcance de quien conociera tres o cuatro anécdotas familiares, completada por una escasa información, no es cuestión en la que debemos entrar aquí. Pero sí es necesario insistir, una vez más, en que la historia, como una ciencia humana más, requiere por supuesto una especialización, esto es, una profesionalización. Sólo con ella será posible llevar a la historia las complejas técnicas que, procedentes de otros campos del saber (sociología, estadística, economía...), pueden contribuir a explicarnos las sociedades del pasado.

Por supuesto, no quiere lo anterior invalidar de entrada todo lo que sobre historia se ha escrito en el País Vasco antes de 1965, que de la «historiografía tradicional» provienen muy sólidas interpretaciones del pasado vasco, y en casos una muy notable aportación documental, además de planteamientos de problemas historiográficos vigentes aún hoy día. La labor de algunos valiosos autores que componen parte de esta historiografía es tanto más meritoria por cuanto que, lejos de responder su trabajo a un ambiente cultural, corresponden a individualidades que aisladamente afirmarían una moderna concepción de la historia.

Claro está que también antes de 1965 comenzaron a implantarse en la historiografía vasca concepciones modernas de la historia. Podríamos incluso hablar de una fase de transición que comenzaría en torno a 1917, en la cual, partiendo de la historia tradicional, se pondrían las bases de la actual historiografía. Durante ella cada vez más historiadores comenzarían a aplicar métodos modernos. En cualquier caso, son sólo esfuerzos individuales que, sin despegarse plenamente de una metodología tradicional, analizan determinados aspectos de la historia vasca, dejándonos en ocasiones muy valiosas obras.

No dejaría de ser una simplificación tipificar de «historia tradicional» a toda la historia escrita en el País Vasco antes de 1917 si no se matizara el empleo del término. Hay que anticipar que no toda la historia que se escribe desde la Edad Media hasta comienzos del siglo XX presenta similares características, ni los datos que nos suministran tienen el mismo valor. Pues ante todo la historia es hija de su tiempo. «La historia —dice Lefebvre— no está escrita de una vez por todas, no está hecha de una especie muerta, petrificada, sino que ha estado gestándose permanentemente, que lo está todavía hoy, que lo estará mañana igual que ayer, que evoluciona con la especie humana...», intentando responder a unas preocupaciones concretas, añadiríamos nosotros, generadas por unos problemas determinados.

1965-1982:

La renovación historiográfica

Que en sentido estricto no es la de 1965 una fecha que en

sí misma signifique una ruptura dentro de la historiografía vasca es visible precisamente por la continuidad temática y metodológica de la historia que se escribe antes y después de esta fecha. Pero sí en torno a 1965 cuando se vislumbra una *nueva actitud* hacia la historia vasca, que se concretará en una mayor atención y un acercamiento sistemático a los principales acontecimientos históricos. Que esta nueva actitud tenga su mayor expresión a partir de 1975 no invalida el que, ya en los últimos diez años del franquismo, se perciba el desarrollo de la investigación histórica, que a la postre supondría la incorporación de nuevas metodologías, definiéndose lo que podríamos considerar una *nueva historia*, de la mano de varios grupos de historiadores profesionales. La presencia de los estudios de historia del País Vasco en los programas de la enseñanza universitaria en varias Facultades no es sino un síntoma más, pero quizá el más significativo, de esta renovación historiográfica. 1965 no es, pues, sino una fecha significativa en este cambio de actitud. Como tampoco el fenómeno es estrictamente una ruptura, toda vez que se percibe una continuidad con el esfuerzo de los historiadores que iniciaron su labor investigadora en los años 40 y 50. Baste señalar individualidades que enlazan ambas situaciones del desarrollo historiográfico: Caro Baroja, Basas, Mañaricúa o Arocena son algunos de los autores que marcan la continuidad en el interés por la historia entre ambos ciclos historiográficos, como también lo indican numerosas revistas que, comenzadas a publicar en los años 40, han recogido hasta la actualidad un buen número de aportaciones a la historia vasca. Recordemos

aquí algunas de ellas que intentaron cubrir el vacío dejado tras su desaparición por la *Revista Internacional de Estudios Vascos: Príncipe de Viana*, que, publicada en Navarra, resultaría ser, sin lugar a dudas, la de mayor calidad; *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, vinculada a la investigación guipuzcoana, y el *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*. En todos los casos no es la historia el único objeto de estas publicaciones, que reúnen además artículos sobre temas artísticos, geográficos, literarios, etc. Lo mismo habría de suceder con los *Estudios Vizcaínos*, que comenzaron a publicarse en Bilbao en 1972. La revista *Saioak*, que comenzaba a publicarse en 1977, abarcaría, junto a artículos de historia, otros de temas filológicos.

Varios son los fenómenos que confluyen en la formación de la historiografía vasca reciente. Un hecho se puede considerar como novedoso, al menos en lo que se refiere a su carácter masivo: el estudio de la historia por historiadores profesionales que, con una sólida base científica, incorporan a la historia del País Vasco los conceptos actuales de la historiografía. Predominan entre ellos los intentos de analizar científicamente la historia económica y social con primacía sobre la historia política. En conjunto, prima la visión de que los soportes económico-sociales son el medio de interpretación de las superestructuras políticas. En todo caso, el análisis ha partido de estudios monográficos, sin que sea posible llegar a visiones globales.

Una segunda nota caracteriza la actual situación de la historiografía: la eclosión de publicaciones sobre la historia del País Vasco, especialmente

a partir de 1975. En ellas, junto a la presencia de la historia elaborada por historiadores profesionales, permanece la escrita por aficionados a la historia, llegados a ella por móviles políticos.

Una última característica hemos de apuntar en la historiografía reciente: los sucesivos intentos de escribir historias generales del País Vasco. Intentos válidos cuando se ha buscado describir el estado de la cuestión o una finalidad pedagógica, han fracasado en la mayoría de los casos por cuanto la empresa es, con toda seguridad, hoy por hoy imposible. De esta forma han consistido en el desarrollo preferente de algunos temas o en la dispersa colección de artículos independientes.

a) *Los estudios de historia medieval*.—Sería la obra de José Angel García de Cortázar «Vizcaya en el siglo XV. Aspectos económicos y sociales» la que introducía la perspectiva socio-económica en la historiografía sobre el Medievo vasco. Poco, sin embargo, se ha avanzado en este sentido, a no ser esporádicas alusiones de autores cuyo tema de trabajo es el Antiguo Régimen, tales como Emiliano Fernández de Pinedo o Alfonso de Otazu, cuya polémica obra «El igualitarismo vasco: Mito y realidad» marcara un hito en nuestra historiografía.

Los temas sobre los que clásicamente se había insistido al estudiar nuestra Edad Media son los que continúan acaparando la mayor parte de las investigaciones: la aparición en la historia de las diferentes provincias vascas, sucesivamente abordada por Lacarra, Marcelo Vigil y Abilio Barbero, Ortega Galindo, Mañari-cúa, etc.; la guerra de bandos, entre cuyos análisis hay que

destacar sin lugar a dudas a Ignacio Arocena, que ha abordado el tema hasta la actualidad en tres artículos: «Oñacinos y gamboínos. Introducción al estudio de la guerra de bandos» (1959), «Los banderizos vascos» (1965) y «La guerra de bandos» (1979). El conflicto banderizo comenzaría, con él a abandonar el carácter de historia minuciosa que, perdida entre la multitud de conflictos señoriales, no era susceptible de una visión de conjunto. La obra de Valdeón «Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV» y la de José Angel García de Cortázar «Historia de España. Alfaguara. II. La época medieval» inscribirían el conflicto en la problemática bajomedieval europea. En cuanto a la fundación de las villas, cuenta con numerosos estudios, que se circunscriben a una o más localidades, pero que no elaboran aún una interpretación global. Recordemos aquí los estudios de Banús «San Sebastián y la hermandad de Guipúzcoa», y de Gonzalo Martínez «Alava medieval».

Más conocida que la de las provincias vascongadas es la historia medieval de Navarra, cuyos comienzos eran ya estudiados por J. Arbeloa en «Los orígenes del Reino de Navarra». Un importante trabajo sobre la demografía medieval lo constituye la obra de Carrasco Pérez «La población de Navarra en el siglo XIV», un período del que conocemos la organización política merced al estudio de Zabalo Zabalegui «La administración del reino de Navarra en el siglo XIV». Pero es Lacarra el autor que ha emprendido un sistemático acercamiento a la Navarra medieval. Sus obras «Historia del Reino de Navarra desde sus

orígenes hasta su incorporación a Castilla» (1972-73) e «Historia del Reino de Navarra en la Edad Media» (1975) son los más elaborados intentos de comprender todo el período medieval en Navarra.

No existe, por el contrario, ningún intento de sintetizar toda la historia de la Edad Media en las vascongadas, a no ser la publicada por José Angel García de Cortázar y su equipo con el título «Introducción a la historia medieval de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya en sus textos», en la que, además de textos básicos para el estudio de la historia medieval, se expone una síntesis de ésta. Aunque, por supuesto, no cumplen —ni intentaban cumplir— la función de historia conjunta de la Edad Media, es imprescindible citar las publicaciones nacidas de los tres simposiums de historia medieval celebrados en Bilbao los años 1973, 1974 y 1975, publicados con los siguientes títulos: «Edad Media y señoríos: el Señorío de Vizcaya», «La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV» y «Formas de poblamiento en el País Vasco», que reúne artículos y ponencias de los principales especialistas en la temática medieval.

b) *Los estudios de historia moderna.*—A pesar de la proliferación de artículos que se han escrito sobre el período foral, esto es, sobre el comprendido entre el siglo XVI y comienzos del XIX, es quizá el Antiguo Régimen la fase de la historia del País Vasco en la que más lejos estamos de obtener visiones sintéticas. La falta de estudios monográficos y, por qué no decirlo, la carencia de hipótesis de trabajo globalizadoras a partir de las cuales analizar sistemáticamente los diversos e interesan-

tes temas comprendidos en el período dificultan al estudio—so reducir la modernidad vasca a un esquema interpretativo.

Notables son, sin embargo, algunas de las obras que en los últimos años se ha escrito sobre el período. Señalemos en primer lugar la de Fernández de Pinedo «Crecimiento económico y transformaciones sociales en el País Vasco (1100-1850)», que, centrado en el siglo XVIII, analiza la historia de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava a partir de los datos económicos y sociales, incluyendo asimismo interesantes datos y apreciaciones sobre los siglos XVI y XVII y el planteamiento de la crisis del Antiguo Régimen. Es ésta el principal objeto del análisis de Fernández Albadalejo en su estudio «La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833», en una obra cuyo contenido supera al prometido por el título, toda vez que esboza la historia de la Provincia de Guipúzcoa a partir de la Edad Media. Son también los aspectos socio-económicos la columna vertebral de su análisis. Como lo son también en la tesis doctoral de Luis María Bilbao «Vascongadas, 1450-1720. Un crecimiento económico desigual», aún inédita, algunas de cuyas conclusiones podemos estudiar, entre otros, en su artículo «Crisis y reconstrucción de la economía vascongada en el siglo XVII».

La obra de Gregorio Monreal «Las instituciones públicas del señorío de Vizcaya (hasta el siglo XVIII)» constituye, sin lugar a dudas, el principal estudio del que actualmente disponemos referente a la organización política foral. Se echa en falta de una manera inmediata estudios que completen cronológi-

camente lo iniciado por Gregorio Monreal, y sobre todo análisis similares para la organización política de Guipúzcoa y Alava, e incluso de Navarra: para las dos primeras provincias aún nos hemos de contentar con exposiciones del siglo XIX: no contamos, pues, con un análisis del significado socio-económico de hecho foral.

Las obras anteriores constituyen el cuerpo de nuestro conocimiento actual del Antiguo Régimen que, sin duda, se complementa con numerosos artículos y más escasos libros dispersos. Citemos entre los primeros el de Laborda Martín «El arranque de un largo protagonismo: Bilbao a comienzos del siglo XVII» (*Saioak*, núm. 2), y entre los segundos, el libro de Caro Baroja «La hora navarra del XVIII».

c) *Los estudios de historia contemporánea.*—Es la historia de nuestros siglos XIX y XX la que ha centrado el interés de nuestros historiadores, el período en el que más numerosas son las obras y más sistemático es el análisis de los diversos acontecimientos y fenómenos históricos. Pese a ello, algunos temas han centrado el interés de la investigación histórica, lo que ha contribuido al abandono de otras áreas o movimientos de imprescindible estudio: las guerras carlistas, el nacionalismo vasco y la guerra civil, sin duda, ha constituido los polos de atracción de una numerosa historiografía, que los ha analizado exhaustivamente, si bien pocas veces obteniendo visiones de conjunto que pudieran encuadrar estos temas dentro de una evolución histórica global. Pocas son las visiones sintéticas de la historia de estos dos siglos. Los autores de este diccionario,

Fernando García de Cortázar y Manuel Montero, son autores de la obra «Historia contemporánea del País Vasco», concebida como síntesis, y al mismo tiempo como interpretación de los siglos XIX y XX. A ella remitimos al lector para el conocimiento de la abundante bibliografía de la historia contemporánea vasca. Pero aun a riesgo de ser reiterativos, incluiremos a continuación las obras más importantes.

El tránsito del Antiguo Régimen a la Edad Contemporánea ha sido objeto de un brillante análisis por parte de María Cruz Mina en «Fueros y revolución liberal en Navarra». Junto al organigrama institucional de Navarra durante el Antiguo Régimen estudia la autora los comienzos del siglo XIX y la primera guerra carlista, hasta llegar a la llamada Ley Paccionada: un período que hasta la fecha no contaba con ninguna obra significativa que lo analizase.

No ha recibido aún la desamortización el análisis exhaustivo y sistemático que el tema merece por su importancia. No obstante, la obra de Donézar sobre la desamortización de Navarra y los dispersos artículos de Mutiloa Poza permiten reconstruir en sus rasgos generales qué incidencia tuvo el fenómeno en las provincias vascas.

Si bien las guerras carlistas son uno de los grandes temas de la historiografía tradicional, no ha sido hasta los últimos años cuando hemos tenido una versión global del conflicto, que lo inscribiera dentro de la evolución económica y social del País Vasco del siglo XIX. Abandonada la concepción de que fue una guerra nacional, al desechar el simplista esquema que identifica-

ra carlismo con fuerismo y liberalismo con centrismo, el análisis científico del enfrentamiento lo ha mostrado en el País Vasco como una auténtica guerra civil, en la que se enfrentaran grupos sociales netamente vascos, y en la que estuvieron en conflicto diferentes concepciones vascas de un modelo de Estado. La obra de Aróstegui, centrada en la primera guerra carlista; la de Garmendia, en la segunda, y por último, la de Extramiana, que analiza ambos conflictos a través del estudio de la sociedad y economía vasca que los generó, constituyen el núcleo de los recientes conocimientos sobre el tema.

No es, sin embargo, la evolución social y política de la última etapa foral la parcela más estudiada de nuestro siglo XIX. Tan sólo la obra de Rodríguez del Coro la cubre parcialmente, al estudiar el sexenio democrático en el País Vasco. Sin embargo, todo lleva a pensar que un análisis en profundidad del funcionamiento político del período 1839-1876 ayudaría a comprender muchos de los aspectos que condicionarían el desarrollo de la guerra.

Sí es, por el contrario, más conocida la evolución económica: la decisiva influencia de la industrialización de Vizcaya es el posterior desarrollo del País Vasco atraería de una manera inmediata la atención de los historiadores. Resaltamos aquí la obra de González Portilla, expuesta en diversos artículos, y sobre todo en su libro «La formación de la sociedad capitalista en el País Vasco (1898-1913)», en la que, a partir de la acumulación de capital generado por la exportación de mineral de hierro, analiza la inversión de dicho capital en otros sectores económicos: financiero, side-

rúrgico, naviero, además de la exportación del capital vasco hacia el mercado español, explotando las minas del sur español e invirtiendo en los monopolios. Carecemos, por el contrario, de un análisis en profundidad de la evolución económica guipuzcoana: la obra de Montserrat Gárate Ojanguren «El proceso de desarrollo económico de Guipúzcoa», no es sino una primera aproximación al tema, que necesita todavía de un sólido análisis de las principales variables económicas.

Los movimientos políticos que nacieron en el País Vasco de finales del siglo XIX han recibido una atención diferente por parte de nuestros historiadores. Exhaustiva ha sido la bibliografía dedicada al nacionalismo, por más que peque en gran parte de hagiografía. Destaquemos aquí algunas de las obras recientes, que, analizándolo científicamente con una perspectiva de historiadores, han dado luz sobre el tema: «El primer nacionalismo vasco», de Solozábal; «Ideologías del nacionalismo vasco (1876-1937)», de Elorza; «El nacionalismo vasco: su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana y Goiri», de Larronde, y en especial la tesis doctoral de Corcuera, publicada con el título «Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco».

Aunque mucho más escasa, la bibliografía de la historia del movimiento obrero en el País Vasco cuenta ya con obras importantes, que permiten una primera aproximación en profundidad al tema: la de Fusi, «Política obrera en el País Vasco», y desde una diferente perspectiva, la de Olábarri, «Relaciones laborales en Vizcaya, 1890-1936».

El análisis de la evolución de la ideología liberal es quizá uno de los mayores huecos de nuestra historiografía contemporánea. Sólo los estudios de Fernando García de Cortázar, «La oligarquía vasca», y los de Ignacio Arana, «El Monarquismo en Vizcaya», cubren parcialmente la evolución de este sector político, clave en la historia de la Restauración. No han sido hasta la actualidad abordados en profundidad otros movimientos que en buena medida caracterizan la vida política del País Vasco durante el período, tales como el integrismo, el carlismo durante la Restauración, el tradicionalismo, el republicanismo..., la importancia cuantitativa o cualitativa que tuvieron localmente invita a abordarlos urgentemente por medio de memorias de licenciatura y tesis doctorales. Poco más afortunada ha sido la vida electoral vasca, para cuyo conocimiento sólo contamos con la obra de Cillán Apalategui «Sociología electoral en Guipúzcoa (1900-1936)». Las elecciones en Alava, Vizcaya y Navarra no han sido aún objeto de un acercamiento científico y sistemático. Otros aspectos tangenciales, pero claves en nuestra historia contemporánea, han sido también olvidados por la investigación histórica. Recordemos en primer lugar la carencia de estudios sobre el régimen económico y administrativo representado por los conciertos económicos, de los que sólo conocemos las líneas generales de los principios en que se basaba, pero no su alcance socio-económico. Una introducción al tema es posible consultar en la obra de Carmen Postigo «Los conciertos económicos», y un primer esbozo de la significación histórica del sistema en el estudio de Manuel Montero «Régimen liberal y autonomía

vasca (teoría y práctica del uniformismo liberal)». Concluamos este apartado con la obra de Luis Castells «Fueros y conciertos económicos», que aborda la formación de la Liga Foral Autonomista y la renovación del Concierto Económico en 1906.

Una institución clave en nuestra historia contemporánea como es la Iglesia no podía menos que merecer la atención de nuestros historiadores. El estudio «La Iglesia vasca del carlismo al nacionalismo», de Fernando García de Cortázar, aborda un período tan importante como es el que va de la abolición de los fueros al estallido de la guerra civil. Con «La Iglesia vasca durante el régimen de Franco» el mismo autor completa el análisis de las vicisitudes, problemas y posicionamientos del clero vasco e institución clerical en los dos últimos siglos de nuestra historia.

Pasemos por alto la Dictadura de Primo de Rivera, ya que hasta la fecha su influencia en el País Vasco sólo ha sido objeto de escasas y muy superficiales menciones, para centrarnos en la II República y la guerra civil. Una temática frecuentemente abordada no ha recibido hasta los últimos años ningún estudio científico. La bibliografía centrada en el período adolece, pues, de un notable partidismo, en el que subyace, en cualquier caso, el deseo de exculpar a la tendencia política que representa el escritor de sus eventuales responsabilidades en el desencadenamiento del conflicto. Por otra parte, la historiografía nacionalista, la que con más frecuencia ha abordado el período, le ha otorgado un carácter épico, de la lucha del País Vasco por su autonomía, en primer lugar, y, estallada la guerra, en la

heroica defensa de un pueblo vasco unido tras el nacionalismo frente a la invasión fascista y española. Que tal planteamiento no podría establecer conclusiones mucho más válidas que la historiografía que se elaboraba desde el lado franquista, se evidencia cuando observamos que temas claves son despachados con la aplicación de un esquema simplista: la posición socialista ante la autonomía vasca, la salida de Navarra del proceso estatutario, la ambigua posición nacionalista ante las noticias del levantamiento franquista, la posición del Gobierno vasco ante la República y, sobre todo, el Pacto de Santoña, un controvertido tema sobre el que ignoramos las razones, ha procurado echar tierra los dirigentes e historiadores nacionalistas. Pocas son por ello las obras que podemos incluir en esta referencia historiográfica. Destaquemos, en primer lugar, la de Fusi «El problema vasco durante la II República», un notable estudio que intenta abordar globalmente —sin acentuar las posiciones de determinados movimientos— la situación vasca en los años anteriores a la guerra. La cuestión estatutaria ha sido abordada monográficamente por Castells en «El estado regional y el proceso estatutario vasco», y sobre todo por Escudero y Villanueva en «La autonomía del País Vasco desde el pasado al futuro».

No ha recibido aún la guerra civil en el País Vasco el tratamiento que el tema merece, que hasta la fecha se ha quedado en una superficial visión hagiográfica. No parece que la comercial obra «Historia general de la guerra civil en Euzkadi» cubra definitivamente este vacío historiográfico. Con profusión de materiales gráficos se limita a recoger,

sin una unidad, diversos artículos, entre los que cabe destacar el de J. M. Garmendia. No tan pretenciosa, la obra de L. M. y J. C. Jiménez de Aberásturi, «La guerra en Euzkadi», constituye una sugestiva visión de la guerra, basándose en entrevistas personales con algunos de los protagonistas: utiliza así la información oral, una indispensable fuente para la investigación histórica, a menudo menospreciada por los historiadores.

No ha recibido hasta los dos últimos años una atención detenida el final de la guerra. Gregorio Morán abordaba en «Los españoles que dejaron de serlo» el controvertido tema del Pacto de Santoña. Claro está que su periodística visión, plagada de anécdotas, no podía sustituir, por más que aporte significativas noticias, a un sistemático estudio, tarea abordada con notable éxito por J. M. Garmendia «La postguerra en el País Vasco», en la que, además de los acontecimientos que rodearon al rendimiento del ejército vasco, analiza los finales del conflicto.

Tampoco el franquismo en el País Vasco ha sido hasta la fecha abordado por los historiadores, pese a que la perspectiva histórica y la influencia de los años de la dictadura en nuestra evolución posterior permitiría suponer una inusual proliferación de estudios sobre el período. Sí existe tal sobre los temas punta de la oposición al franquismo: el nacionalismo vasco en el exilio ha sido sucesivas veces abordado, si bien comúnmente desde la misma perspectiva de los exiliados. Mayor interés tiene la obra de López Adán «Beltza». «El nacionalismo vasco en el exilio», una sintética visión de la evolución política nacionalista a

partir de 1937. Pero ha sido la aparición de ETA la que, sin duda, ha atraído con mayor fuerza la atención de los historiadores. Pasemos por alto las obras generadas por la misma organización a las que, como la de Ortzi, muestran un apasionado posicionamiento sobre la problemática que, en un momento dado, caracterizaba al movimiento, obras que adolecen de una falta de rigor crítico y perspectiva histórica. Dos obras resumen el actual estado de la cuestión del tema: la de Garmendia «Historia de ETA», que pese a lo ambicioso del título, se queda en un análisis ideológico de ETA a través de sus documentos; desde esta perspectiva supone un notable acercamiento al tema. Y la de Gurutz Jáuregui, «Ideología y estrategia política de ETA», que intenta situar el nacimiento de ETA en su contexto histórico, además de analizar su evolución entre 1959 y 1968.

No existe hasta la actualidad ningún estudio en profundidad sobre la implantación del franquismo en el País Vasco, sobre su penetración ideológica y sobre la adscripción de grupos sociales a sus planteamientos políticos. Sólo la temática económica ha sido en ocasiones abordada, si bien no con una perspectiva globalizadora: únicamente la obra de Milagros García, Roberto Velasco y Arantza Mendizábal, «La economía vasca durante el franquismo» ha intentado de momento sintetizarla. Por lo demás nos hemos de contentar con las valiosas aportaciones, pero parciales, de las publicaciones de las diversas Cámaras de Comercio y entidades financieras, además de las investigaciones llevadas a cabo por algunos sociólogos y geógrafos. Destaquemos, entre estas últi-

mas, la obra de Iñigo Aguirre «Euskalduna».

Por último, es preciso nos detengamos en dos obras de diverso contenido, difícilmente encasillables en un solo período histórico, pero que constituyen sugestivas interpretaciones de la actual sociedad vasca, cuyo análisis parte del estudio de nuestro pasado. Manu Escudero, en «Euzkadi, dos comunidades», aborda la génesis de la actual bipolarización vasca, entendida como el antagonismo entre una «comunidad nacionalista vasca» y «la otra comunidad», definida por exclusión de la primera. Ha de remontarse para ello a la crisis foral del siglo XIX, a la industrialización y a la Dictadura de Primo de Rivera, deteniéndose en los nuevos elementos que en el País Vasco introdujo el franquismo. Obra polémica, no cae en la tentación del «neutralismo», tan del gusto de muchos historiadores, sino que constituye una decidida toma de postura, que incluye un posicionamiento ante los antagonismos actualmente existentes en el País Vasco.

¡Cómo no citar, por último, la obra de Juan Aranzadi, y en especial su libro «Milenarismo vasco»! Reflexión sobre el pasado vasco y su influencia en el presente, abarca aspectos cronológicamente tan distantes como la herejía de Durango, la «mitología foral» de la Edad Moderna o el nacimiento de ETA, en una muy coherente visión de la historia vasca, que destaca por lo desmitificadora y por lo que contiene de aportación de una hipótesis de trabajo, sin duda válida, en un esfuerzo de abstracción que tantas veces se echa en falta en los análisis históricos.

c) *Las historias generales.*—Un fenómeno caracte-

provincia. La «Historia de Vizcaya» está publicada en dos volúmenes, de los que son autores Fernando García de Cortázar y Manuel Montero. En la elaboración de la «Historia de Navarra» han intervenido Alfonso Estévez, Vicente Huici, Jimeno Jurío y Javier Monzón.

e) *La publicación de enciclopedias informativas.*—No quedaría completa la exposición del estado actual de la historiografía vasca sin una referencia a los empeños informativos enciclopédicos, otro de los fenómenos que se han producido en los últimos años. Intenta la publicación de enciclopedias cubrir la demanda de información sobre el pasado y el presente vasco mediante una exposición sistemática y coherente.

En 1968 la editorial Auñamendi iniciaba la publicación de una «Enciclopedia General Ilustrada», en la que se conjugan las exposiciones alfabéticas, sistemáticas y mixtas. Han aparecido hasta la actualidad diversos volúmenes. Señalemos en esta colección en primer lugar el «Diccionario». Muy completo, pese a que la calidad de las voces es variada, sólo se han publicado hasta la actualidad los primeros nueve volúmenes, que comprenden los términos anteriores a la letra F. La «Historia de la Literatura», en siete volúmenes, es otra de las publicaciones comprendidas en la citada Enciclopedia. Pero quizá lo que actualmente tiene un mayor interés para los historiadores es la «Euskobibliografía», de Jon Bilbao, donde se recogen en cinco vo-

lúmenes las referencias de libros, folletos, hojas y artículos de revistas referentes al País Vasco, clasificadas por autores, materias y nombres geográficos. Toda vez que contiene información sobre los trabajos impresos hasta 1960, es un importante apoyo a la investigación.

(*) Una versión más ampliada de este artículo constituye la voz «historiografía» en el *Diccionario de Historia del País Vasco* (Ed. Txertoa, San Sebastián, 1983), recientemente publicado por los autores. Allí se estudia con detalle la evolución de la historiografía vasca desde la Edad Media a 1965, es decir, hasta el comienzo del proceso de revisión crítica de la historia vasca —objeto de estas líneas— cuyas consecuencias pueden ser decisivas. Lo están siendo ya.